

Uriel Estrada Calderón

El cooperativismo como medicina social

Arcesio Vargas Guarín



Uriel Estrada Calderón

1923-2017

El cooperativismo como
medicina social

ARCESIO VARGAS GUARÍN

Uriel Estrada Calderón

1923-2017

El cooperativismo como
medicina social



UNA PUBLICACIÓN DEL CENTRO DE PENSAMIENTO COOMEVA



URIEL ESTRADA CALDERÓN
EL COOPERATIVISMO COMO MEDICINA SOCIAL

ISBN: 978-958-48-3477-5

© Derechos Reservados de Copia por Coomeva

Asesoría editorial

Lizardo Carvajal, E-mail: lizardo@lizardo-carvajal.com

Móvil: 3168308708

Edición e Impresión

POEMIA, su casa editorial, Carrera 24D Oeste No. 4-108

Teléfono: (2)3719822, Cali, Colombia.

www.poemiaeditorial.com

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

ARCESIO VARGAS GUARÍN

LA PUBLICACIÓN DE ESTE LIBRO ES PRODUCTO DE LA ADMIRACIÓN, EL RECONOCIMIENTO Y EL AFECTO SUSCITADOS POR EL DOCTOR URIEL ESTRADA CALDERÓN EN LOS ASOCIADOS, COLABORADORES Y DIRIGENCIA COOMEVA, REPRESENTADOS POR EL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN, LA JUNTA DE VIGILANCIA Y LA PRESIDENCIA EJECUTIVA.

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

José Vicente Torres Osorio, Presidente
Simeón Cedano Rojas, Vicepresidente
Juan Guillermo Restrepo Varela, Secretario

Ricardo Antonio Caycedo Bustos
Magda Patricia Cortés Ortiz
Pilar Fernández de Vanegas
Rodrigo de Jesús Restrepo López
Luis María Tamayo Gómez
Danilo Reinaldo Vivas Ramos

JUNTA DE VIGILANCIA

Iván Elías Torres Nadjar, Presidente
Martín Alonso Pinzón Echeverri, Vicepresidente
María Eugenia Pérez Zea, Secretaria

PRESIDENTE EJECUTIVO GRUPO COOMEVA

Alfredo Arana Velasco

23 de marzo de 2018

Contenido

PREFACIO	9
PRÓLOGO	15
CAPÍTULO I	
Su niñez y época de estudiante	21
Décadas del 30 y del 40	23
CAPÍTULO II	
Mi itinerario imprevisto	27
Tesis de grado	28
1949 en Cali	29
Segurito de vida	30
CAPÍTULO III	
Los hogares en América Latina	33
La sociedad conyugal no ha sido bien interpretada	35
Una escuela nueva	37
CAPÍTULO IV	
El papel del crédito para el desarrollo de los pueblos	41
Década de los años 70	43
Créditos dirigidos hacia la inversión	45
Departamentos de vivienda en algunas cooperativas	47

CAPÍTULO V	
De la Medicina al cooperativismo	49
Más de cuarenta años de cooperativismo	49
La idea de crear a Coomeva	54
No fue fácil que los profesionales creyeran en nuestra propuesta	56
Cuando conocí el cooperativismo me impresionó	57
Vale más un vehículo que el ser humano	61
 CAPÍTULO VI	
La historia de los Cuatro centavos	63
En Coomeva el ahorro ha sido más obligatorio que voluntario	69
 CAPÍTULO VII	
Propuesta para el desarrollo cooperativo: una utopía	71
La propuesta no es decir sino hacer	71
Clientes que entran y salen a prestar plata	75
El lema de los tres mosqueteros	78
Distribución del uno por ciento	80
Cuota que sirva para impulsar el cooperativismo	81
 CAPÍTULO VIII	
Proyecto para el desarrollo ideológico, económico y social del cooperativismo en Colombia	83
Los enemigos de la cooperación son los que están dentro de las instituciones	92
Creación de una Consejería Económico-social	93
Métodos científicos interdisciplinarios	97
 CAPÍTULO IX	
El hábitat cooperativo	105
Se requiere mucha educación	107

Prefacio

Un siglo después de que en Alemania se empezara la creación de las cooperativas de ahorro y crédito como alternativa para el desarrollo económico y social de los trabajadores, estas ideas llegaron también a Colombia.

Aunque desde los años 30 en el país ya se hablaba de un «cooperativismo colombiano» fue en los años 60 cuando varias de estas iniciativas cooperativas tomaron fuerza y se fueron extendiendo.

Una de las más importantes, la Cooperativa Coomeva, que hoy por hoy se reconoce como la que marcó un antes y un después en la historia del cooperativismo colombiano, tuvo lugar en la mente y en la visión de un médico pediatra de profesión y humanista de corazón y convicción: El doctor Uriel Estrada Calderón.

Inquieto siempre por encontrar alternativas para servir a las personas, el médico Uriel Estrada Calderón se topó en los años 50 con una filosofía que cambiaría su vida y la de miles de familias en el país: El cooperativismo. En su doctrina, principios y valores, condensados en esencia en la solidaridad, la ayuda mutua y la preocupación por los demás, Uriel Estrada hallaría una forma más social de practicar la Medicina.

«Cuando conocí bien el cooperativismo y sus bondades quedé absolutamente abismado y me preguntaba cómo es que ignorábamos todo esto», le dijo en una ocasión en una entrevista al actual Presidente del Grupo Coomeva, Alfredo Arana Velasco.

En una época en la que los médicos no contaban con coberturas de previsión y seguridad social que los protegiera, y en la que sus condiciones los llevaron a buscar estrategias para la reivindicación de sus derechos, apareció el cooperativismo. Pero no llegó de milagro.

Ante estas situaciones los médicos del departamento del Valle del Cauca vieron aún mayor la necesidad de agruparse. Fue así como crearon primero en 1960 la Asociación Médica del Valle, Asomeva, y en 1963, apoyaron la idea de constituir una cooperativa médica.

Uriel Estrada Calderón estuvo presente en estas y otras iniciativas del floreciente cooperativismo colombiano. Pero fue su permanente intención de servicio lo que lo llevó más allá y a proponerse crear lo que en sus palabras para él fue «su mayor sueño», Coomeva.

Por esos días falleció repentinamente un colega suyo y ante la desprotección en que quedó la familia, Uriel Estrada se propuso buscar una alternativa que les brindara protección y seguridad social a los médicos y su familia; un «segurito» como él decía.

En esta búsqueda del segurito, estudió sobre cooperativismo, viajó, conoció experiencias y abrió su mente a las nuevas ideas para poner la solidaridad y la cooperación al servicio del progreso y el bienestar de las personas. Como todas las nuevas ideas las suyas no fueron acogidas en un inicio por todo el gremio médico.

Pero perseverante como siempre fue, esto no lo detuvo. Por el contrario, se animó y siguió con su famoso maletín lleno de papeles debajo del brazo, hasta lograr el 4 de marzo de 1964 llevar a cabo la asamblea constitutiva de la Cooperativa de Ahorro y Crédito Médica del Valle Ltda., hoy Coomeva, la Cooperativa Médica del Valle y de Profesionales de Colombia, con

participación de 27 socios fundadores, que aportaron como capital inicial la suma de \$6.600.

Si algo caracterizó a Uriel Estrada Calderón es que siempre logró ir más allá. En busca de un seguro para los médicos, sentó las bases para una gran organización cooperativa que en la actualidad es un ícono del cooperativismo local e internacional.

Y más allá de la organización Uriel Estrada Calderón inspiró a personas y motivó el conocimiento de la doctrina ética y moral del cooperativismo, la generación de proyectos e iniciativas sustentadas en la ayuda mutua, el esfuerzo propio, el ahorro constante y la educación cooperativa permanente; el significado de ser cooperativistas y las conductas que los deberían guiar.

«El mejor maestro para educar a los demás es el ejemplo». Con bastante juicio y pertinencia Arcesio Vargas ha puesto esta frase al iniciar el capítulo III de este libro. Pero significativamente hablando y en torno al pensamiento de Uriel Estrada Calderón, seguro ameritaría ser la primera.

Uriel fue un maestro y educó con su ejemplo y este libro, que recopila buena parte de su pensamiento, no puede ser menos que eso. Una contundente síntesis de cómo las ideologías transforman una vida y cómo

una sola vida puede ser ejemplo y transformar la de miles de personas.

Las palabras aquí recogidas, producto de innumerables charlas entre el doctor Estrada y el autor del libro, son una muestra de que las ideologías, cuando son las correctas, sí funcionan, guían, orientan y cambian; y la seña de que algunas utopías sí son posibles.

Este es un afectuoso reconocimiento al gestor de Coomeva, quien vivirá siempre en nuestros corazones.

José Vicente Torres Osorio
Presidente
Consejo de Administración Coomeva

Prólogo

Nunca antes había sentido felicidad alguna parecida a la del nacimiento de un hijo o cuando uno logra terminar una carrera profesional, pero, especialmente el día que uno recibe su grado. Es una felicidad casi indescriptible. Pues esa felicidad fue la que sentí cuando me propusieron prologar este libro dedicado al pensamiento, la vida y la obra del médico pediatra y cooperativista doctor Uriel Estrada Calderón.

El plano emocional y espiritual que siento al escribir este prólogo me recuerda hoy, más que nunca, aquellos tiempos en los que empezaron a gestarse y, sobre todo, ver crecer un par instituciones que partieron la historia del cooperativismo colombiano en dos:

La primera fue la Unión de Cooperativas de Ahorro y Crédito, más conocida como Uconal, fundada en agosto 15 de 1959, de la cual fue presidente, a nivel nacional, el doctor Uriel Estrada por varios años.

La segunda fue la fundación de la Cooperativa de Ahorro y Crédito Médica del Valle, que años después abrió el vínculo a todos los profesionales, razón por la cual hoy se conoce como la Cooperativa Médica del Valle y de los Profesionales de Colombia, Coomeva, fundada por el doctor Estrada junto con otros 26 médicos, el 4 de marzo de 1964.

Me hablaba el biógrafo autor de esta extraordinaria idea de hacerle un homenaje al doctor Uriel Estrada, que se atrevió a meterse en este descomunal proyecto, por considerarlo uno de los cardenales del cooperativismo nacional, junto a otros líderes como el doctor Rymel Serrano Uribe, Carlos Uribe Garzón y el gran maestro antioqueño, doctor Francisco Luis Jiménez.

El doctor Uriel Estrada Calderón pertenece a esa generación del sesenta y cinco que dedicó su vida a fundar cooperativas de ahorro y crédito en el Valle del Cauca, tal cual lo hizo nuestro amigo Arcesio Vargas Guarín, autor de la presente biografía.

Fue una generación de cooperativistas insignes, egresados de la Universidad Obrera, fundada por el sacerdote jesuita y maestro cooperólogo Francisco Javier Mejía en la década de 1960, quien no solamente

fue el fundador de Uconal, sino también del Instituto Mayor Campesino de la ciudad de Buga, que aún existe.

Haber conocido el cooperativismo en 1963 fue el descubrimiento que más asombró al doctor Estrada y donde empezó su proyecto de vida cooperativo y solidario. Fue el momento en el que supo de la vida y la obra cooperativa del también médico norteamericano James Peter Warbasse, más conocido como Un apóstol de la cooperación, por tratarse de uno de los precursores de la medicina cooperativa, con la socialización no política de la protección de la salud y su retiro de la cirugía en la cumbre de una carrera eminente, a fin de consagrar el resto de su existencia a la curación de los males sociales.

Se dice que las comparaciones son odiosas, pero cuando uno lee la obra del doctor Warbasse, de inmediato ve en sus páginas al doctor Uriel Estrada, y no porque él quisiese parecerse al médico norteamericano, sino porque desde muy joven le agradó vivir prestándole un permanente servicio a la humanidad.

Desafortunadamente, su vocación, actitud y mística por el cooperativismo y la solidaridad han sido

incomprendidas por quienes, de una manera u otra, hemos trabajado y trajinado con él, desde hace ya tantos años, en estas lides cooperativas.

Las tesis más conocidas del doctor Estrada son, por un lado, la del uno por ciento (1%), mencionada en este libro, y, por el otro, la relacionada con el hábitat cooperativo y el papel del consumo en las familias.

Fue un abanderado del cooperativismo de vivienda con escritura única y de propiedad cooperativa. Piensa que es una manera de unir a la humanidad a partir de la familia y del consumo.

Otras de las cosas para resaltar en la obra del doctor Estrada es el respeto suyo por los principios, la doctrina y la filosofía cooperativa, así como la propuesta para un desarrollo cooperativo: una utopía.

Fue un admirador profundo de los pioneros de Rochdale, quienes fundaron su almacén cooperativo el 21 de diciembre del año 1844, en el Callejón del Sapo, en Rochdale, Inglaterra.

La actuación de aquellos hombres casi parece de leyenda. No eran sino unos pocos obreros, en su mayor parte tejedores, abrumados por el problema de los bajos salarios y la carestía de las subsistencias. Solo poseían una instrucción elemental y, algunos de

ellos, la cultura y la vocación social que habían adquirido con las lecturas de Robert Owen, aquel sugestivo y un tanto extraño reformador de la sociedad.

Mediante el ahorro obligatorio de dos o tres peniques semanales, crearon un fondo que les permitió abrir una tienda de comestibles y artículos de consumo doméstico, a fin de satisfacer por sí mismos las necesidades que sentían los consumidores, sin tener que comprar sus productos al por menor en los comercios de lucro.

Su base – que contaba desde luego con algunos precedentes – consistía en administrar democráticamente el establecimiento con dirigentes elegidos por ellos mismos y abonar un interés limitado a cada asociado por el pequeño capital aportado, así como distribuir los beneficios entre todos en proporción a las compras realizadas por cada uno, tal como nos lo cuenta el historiador cooperativo Jorge Jacobo Holyoake.

Esa sensacional historia de los cuatro centavos, de la que tanto nos ha hablado el doctor Estrada, es digna de imitar por los cooperativistas para conocimiento de todos.

Vayan pues mis parabienes para Arcesio por tan magnífica idea de hacerle este homenaje al doctor Estrada y, sobre todo, la forma como nos narra su pensamiento, su vida y su obra para bien de los cooperativistas del futuro.

Clemencia Dupont
Expresidente
Confederación de Cooperativas
de Colombia, Confecoop

Su niñez y época de estudiante

De la etapa de mi vida a la que poco interés le he prestado y la que no me ha llamado mucho la atención por conocer ha sido, precisamente, la época de mi lactancia e infancia, no porque mi niñez no hubiera podido ser útil más que a mis padres y a mis hermanos, sino porque nunca supe de mí, más allá de lo que me contaron mis parientes cercanos, con las frases de cajón y alabanza que empecé a captar, solo hasta cuando tuve uso de razón, a los siete años de edad.

Nací en el municipio de Aguadas, en el departamento cafetero de Caldas, en Colombia. Fue el dos de marzo de 1923, para formar parte de una familia de siete hermanos, de los cuales yo fui el tercero.

Mi padre, Aurelio Estrada Estrada, se desempeñó en la Oficina de Sanidad en Aguadas, y en 1940 le correspondió controlar una epidemia de tifo

exantémico, habiéndole tocado colocar de casa en casa el veneno para matar los ratones y, de paso, arreglar las llaves de agua con escape, como contribución voluntaria.

Mi señora madre, María Antonia Calderón Aristizábal, aguadeños ambos y paisas echaos pa'lante, fueron los que consideré siempre como mi faro de luz que orientó y guio mis primeros pasos.

Creo, no sobra advertir, que el árbol genealógico de los Estrada es bastante grande y nos llevaría muchas páginas dar a conocerlo.

Hasta la década de 1930, del siglo XX, no en muchas casas del pueblo se conocía un radio, y de la televisión únicamente se escuchaban comentarios como el de que ya había un aparato, que se veía a las personas que hablaban por ahí, pero que aún no había llegado a Colombia. En nuestro país solo vinimos a conocer la televisión a partir de 1953. Era lógico que este artefacto lo tuvieran en muy poquitos hogares por cuanto era un instrumento de mucho lujo y muy costoso para el común de las familias colombianas.

Creo no estar equivocado si manifiesto haber leído un periódico de circulación nacional cuando ingresé a la secundaria en el Colegio Oficial de Varones, en

Aguadas, o en el Colegio de Nuestra Señora de Manizales en el que estuve interno tres años. A pesar de que mi padre fue fundador del periódico El Avance no sabía las dimensiones finitas del planeta donde estaba parado, sino hasta cuando ingresé al colegio a terminar mi bachillerato, que, a la sazón, ser bachiller era un privilegio para muy pocos colombianos.

Décadas del 30 y del 40

Paradójicamente, en las décadas del 30 y del 40, en pleno, Colombia vivía una etapa de mucha paz, y el campo era el paraíso en el que se respiraba la vida en armonía con nuestros vecinos, en su más clara expresión, tal vez por la amarga experiencia que les habían dejado generaciones pasadas con la llamada Guerra de los Mil Días, en la que liberales y conservadores se despedazaron buscando tener un poder equivocado y esquivo para ambos partidos y que se llevó a cabo apareciendo apenas el umbral del siglo XX.

En plena juventud, porque yo solo tenía 15 años, en Colombia éramos no más de 8.701.800 habitantes, distribuidos por la región central y, sobre todo, en la zona andina del país, pues otras áreas eran prácticamente despobladas, según nos cuenta el doctor

Eduardo Lora en su libro sobre *Técnicas de medición económica*.

Lo cierto sí es que el 80 % de la población era de arraigo campesino y el 20 % vivía en los pueblos, unos más grandes que otros, a excepción de Bogotá. Colombia no era un país industrializado como hoy, razón por la cual vivíamos de la agricultura manual y de la actividad pecuaria. Fue a mediados de la década de 1930 cuando empezó tímidamente el proceso de industrialización.

Digo que paradójicamente vivíamos en paz porque, años después, me di cuenta de lo tormentosa que había sido la vida política de nuestros países de América Latina, con dictaduras tan prolongadas como la de Juan Vicente Gómez en Venezuela, Rafael Leonidas Trujillo en la República Dominicana y Anastasio Somoza en Nicaragua, por no mencionar sino unas de las tantas que vivían ejerciendo el poder por la fuerza en esa época.

Creo no estar equivocado cuando digo que cumplidos mis quince años salí de Aguadas en busca de nuevos horizontes y fui a la ciudad de Manizales a terminar mi bachillerato en calidad de interno en el Colegio Nuestra Señora de Manizales, porque en mi municipio solamente se estudiaba hasta tercero de secundaria.

Finalizada la secundaria, viajé a Medellín a estudiar Medicina en la Universidad de Antioquia, por cuanto era la carrera que me llamaba la atención y porque desde niño quise ser médico.

Mi itinerario imprevisto

Estaba terminando mi internado en el hospital San Vicente de Paúl en 1948 cuando mi primo, el médico Augusto Estrada Estrada, quien atendía ojos, oídos, nariz y garganta, y yo, que había pasado allí dos o tres meses prestando ese servicio, me propuso que me especializara solo como otorrino con el fin de que trabajáramos juntos, por cuanto él se iba a dedicar a Oftalmología exclusivamente.

¡Increíble tu propuesta!, además me asombra –le dije– pero yo quiero hacer Medicina primero antes que especializarme. Sin embargo, dos o tres semanas después me apareció otra oferta indirecta para trasladarme a la ciudad de Cali, al occidente del país, a montar un servicio de urgencias las veinticuatro horas, propuesta que me impactó bastante y acepté.

De allí por qué he denominado mi vida como un *itinerario imprevisto*, teniendo en cuenta que, si hubiera aceptado la oferta de mi primo, otra sería la historia que les estaría contando.

Tesis de grado

Hice mi tesis de grado sobre *Anestesia local por infiltración gradual y terapia novocaínica*, pero nunca la desarrollé. De lo contrario, habría alcanzado un exitoso ejercicio profesional y además tenía pensado fundar una escuela. Aquí también sería otra mi historia.

Otro itinerario imprevisto aparece en mi vida con el fallecimiento de mi condiscípulo de carrera, doctor Bernabé Echeverri Echeverri, quien ganó el Concurso de Médico Residente en Pediatría. Mientras nos dedicábamos a los exámenes correspondientes a preparatorios para la tesis y también para el grado, estudiábamos en su habitación de la Clínica Infantil y aprovechábamos para hacer visitas y pasar revista a la sala, en la cual resultaban procedimientos y análisis de algunos pacienticos.

Mi compañero Echeverri solicitó una licencia por dos meses y el jefe de cátedra me aceptó como su reemplazo. Pero cuando él fallece, por una fiebre tifoidea que le produjo muchas complicaciones, a los seis meses de su grado y a dos meses del mío, e instalado ya en Cali, tomé la decisión de dedicarme a la Pediatría, no tanto por iniciativa individual para ser pediatra, sino por hacerle un homenaje a mi colega.

1949 en Cali

Cinco años más tarde, ya en 1954, estaba en Cali participando en la Fundación de la Sociedad de Pediatría del Valle del Cauca, de la cual hice parte como secretario de la primera Junta Directiva. Tuvimos la suerte de contar con el apoyo de mi suegro, abogado y jefe político de la región, doctor Hernando Navia Varón, con quien se pudieron realizar campañas contra la pólvora y los totes y también para importación de leche, neveras, alimentos, así como campañas de hidratación a nivel del Gobierno nacional y también en la prensa local, con el fin de resaltar la importancia de la Sociedad de Pediatría, en acciones sobresalientes con otras sociedades científicas.

Todo esto se podía realizar gracias a la integración que hicimos entre hospitales, facultades de Medicina, el Departamento de Medicina Preventiva, Salud Pública Municipal, Pediatría y Obstetricia. Tuvimos la idea de iniciar un evento anual de actualización o semanas pediátricas denominados Cursillos de Pediatría. Todo se hacía con el fin de mejorar la calidad de vida de los niños.

En esa época propuse que se elaborara una tableta de electrolitos necesarios para el tratamiento, por vía oral, de lo que llamamos suero casero, diluyendo las tabletas

en agua hervida y adicionándole azúcar, para abaratar los costos de recuperación debido a las diarreas y el vómito infantil. Se trataba de tres tabletas para un litro.

Tuve la suerte de ejercer como médico pediatra de la Base Aérea de Cali y también como auxiliar de cátedra en Pediatría en la Universidad del Valle. Gracias a mi trabajo en la sociedad de Pediatría, se me concedió una beca de especialización para estudiar en Ciudad de México, desde octubre de 1956 hasta diciembre de 1957.

Segurito de vida

Fueron más o menos quince años ejerciendo como médico pediatra; estaba en plena luna de miel con mi profesión, hasta octubre de 1963, cuando llegó a mi cabeza la idea de organizar *un segurito de vida* propio para los médicos, sin la necesidad de intermediarios de seguros que los hacían inalcanzables por su alto costo para todo el mundo.

En Colombia, por ejemplo, para 1989 había 240.000 pólizas de seguros de vida individual. Esto se debía a los altos costos y a que sencillamente faltaba una cultura que entendiera la razón de ser del seguro: un instrumento de protección.

La ciudad que me recibió y en la que descubrí todo mi potencial por el trabajo social fue Cali, en el Valle del Cauca, al occidente del país. Fue aquí donde pude iniciar uno de los proyectos de mayor envergadura que el cooperativismo de ahorro y crédito ha podido realizar en Colombia, como es el proyecto de Coomeva, hoy hecho realidad.

Fue de mucho agrado para mí y además muy útil descubrir, con el tiempo, que con la Pediatría yo podría empezar a conocer al ser humano desde su niñez. Recibí el título de médico cirujano en la Universidad de Antioquia, pero no ejercí como tal más allá de 28 años porque entre 1962 y 1963 se me impregnó el virus del cooperativismo y ese no me lo ha podido curar absolutamente nadie.

Los hogares en América Latina

«El mejor maestro, para educar a los demás, es el ejemplo»

Arvameran

Doctor Uriel, han sido varias veces que le he oído hablar del cooperativismo como una opción y un proyecto de vida importante para las familias de hoy en América Latina y el mundo. También le conozco algunos éxitos relacionados con su profesión como médico pediatra, por cuanto en ambas actividades se ha distinguido por la organización de instituciones, que han hecho y siguen haciendo historia a nivel nacional como asociaciones que han marcado un hito en Colombia, pero de su hogar o núcleo familiar es muy poco lo que conozco. ¿Cuál es su opinión respecto al papel de los hogares colombianos y latinoamericanos frente al cooperativismo?

La profesión de pediatra fue muy útil para conocer el *modus vivendi* o la idiosincrasia de muchos hogares

colombianos, por cuanto en los niños se refleja, en gran medida, si las parejas viven en armonía o conflicto permanente.

Tuve la suerte de contar con unos padres que tenían un concepto bien claro del papel del hogar y la comprensión intrafamiliar. Tal vez por ello se toleraron y soportaron mutuamente, con mucha madurez, las debilidades propias del ser humano, compartiendo en pareja en una de las empresas más antiguas de la humanidad como es el hogar, más conocida como la familia.

Fue mi primera escuela y mi razón de ser de lo que años después descubrí: de no haber sido por mis padres, no habría conocido los valores y las bondades de la vida tal cual los conservo hasta hoy.

Ese legado me da la confianza y la sabiduría necesarias para continuar cumpliendo con la misma misión que heredé y que hoy me ha servido para orientar y guiar a mis hijos en el hogar.

Hoy ellos son profesionales y cada uno ha organizado su propio rumbo haciéndose dueño de su propio destino.

La sociedad conyugal no ha sido bien interpretada

La sociedad conyugal no ha sido bien interpretada ni comprendida. En el noviazgo se lleva a cabo toda una campaña electoral y de reconocimiento mutuo, de la que será su pareja supuestamente para toda la vida, pero sin un estudio profundo de sus debilidades que, años después, son utilizadas para hacerse daño o de unas fortalezas individuales que les puedan ser útiles para formar y vivir en pareja sin los contratiempos propios de este tipo de sociedades que es el hogar. Algo queda inconcluso entre bambalinas, que no encaja, cuando ya se convive juntos bajo un mismo techo. Es allí donde se ven las parejas más disparejas.

Una de las partes más importantes en la administración del hogar, visto como una empresa, es el manejo del presupuesto de ingresos y gastos de la familia y es a lo que menos le damos importancia. La falta de un presupuesto familiar es lo que más influye en el rompimiento de una excelente relación de pareja, y va desquebrajando de plano lo que puede llegar a ser un lindo hogar.

El problema es que cuando hay conflicto entre los padres, los hijos sufren y entran en un estado tal que deja secuelas difíciles de curar, para el resto de su

vida; pero cuando hay armonía, los niños se la gozan y disfrutan la vida para siempre.

Otro problema que se presenta en una pésima relación de pareja es el egoísmo de cada uno, queriendo guardarse en el bolsillo o en la cartera como suyo lo que se gana de salario, no socializando ese ingreso con la pareja y sus hijos. Los ingresos generados y recibidos, producto del trabajo de cada uno de los miembros del hogar, no son de propiedad individual, sino colectiva. Esos dineros deben ingresar en su totalidad a las arcas familiares para ser administrados en pareja.

Los hogares deben ser cooperativas pequeñas en las que, como en el juego de la pirinola, todos ponen y todos toman, incluyendo a los hijos que trabajan y viven con sus padres. No comparto la tesis histórica de que todo lo de los padres pertenece a los hijos, pero que todo lo de los hijos no les pertenece a los padres. Es de las más grandes injusticias generadas por el egoísmo. Este es una enfermedad peor que el cáncer, que no permite desarrollar el espíritu de la integración de las personas o de la especie humana.

Una escuela nueva

Cuando ideamos y fundamos la cooperativa Coomeva, en marzo de 1964, uno de los objetivos fue precisamente organizar, a través del Departamento de Educación, una escuela nueva que partiera del aprendizaje capaz de dar respuesta a los anhelos, las esperanzas y las ilusiones de los asociados y su núcleo familiar.

El hogar debe ser visto como una empresa, pero en Colombia y el mundo no se gerencia como tal, entre otras cosas, porque no se han definido funciones por escrito ni se distribuye el trabajo entre los socios. No se maneja un presupuesto establecido, a través del cual se controlen los gastos, y falta mucho sentido de pertenencia a este tipo de empresa.

No se conoce cuál es la filosofía, los principios y los valores que se deben predicar y poner en práctica en los hogares latinoamericanos y por eso es que se da tan poco ejemplo al educar a los hijos.

Siempre me hago la pregunta sobre quién educa a quién y ese es el gran dilema, porque a veces son los hijos los que salen formando a los padres. Me parece que el mejor maestro es el ejemplo.

Uno de los aspectos más importantes en la misión de Coomeva está precisamente en velar por que los asociados y su núcleo familiar tengan una excelente calidad de vida, no solamente en lo económico, sino en lo espiritual y lo social, con el fin de que el asociado se convierta al modelo cooperativo, como una opción, un nuevo estilo y modo de vida en el hábitat cooperativo y solidario de sus hogares, como templos de paz y no de guerra y de conflicto.

El hogar no son las paredes, ni es el techo, ni es el lote de terreno, ni es la escritura individual que le da sentido de pertenencia a lo material. Es la parte espiritual, es el amor que se respira alrededor de la familia. Se necesita construirlo sobre unos buenos cimientos espirituales para evitar que se desplome y se destruya por la incomprensión mutua.

Conozco muchos dueños de muchas casas y apartamentos, accionistas de las más grandes empresas, pero son unos infelices que ni siquiera tienen un hogar en el que puedan disfrutar sus riquezas. Van por la vida llorando y sufriendo los estertores propios de su soledad por no tener con quien compartir sus éxitos o sus fracasos y humillando con su dinero a todo al que se les atraviese en el camino. Piensan que la felicidad se compra con dinero.

Lo más importante del hogar es no romper los acuerdos a los que llegue la pareja. Tal vez la falta de disciplina y de adaptación a la nueva vida es lo que no le permite someterse, ni cumplir sus compromisos, y es por ello que el cónyuge afectado entra en desacuerdo y, por ende, en cólera. Es ahí donde empieza un conflicto, que se va haciendo progresivo por falta de pertenencia por el colectivo, simplemente por el egoísmo de cada uno de los miembros del núcleo familiar. Todo eso genera un problema social de crisis impredecible porque nunca se sabe cómo termina. Y es la niñez la que sufre los desaciertos por el egoísmo de los padres. El hogar es una empresa que nace con dos socios, pero no se sabe con cuántos socios se termina.

Uno de mis anhelos al fundar la cooperativa fue precisamente la de crear la nueva escuela de aprendizaje sobre la cual podemos edificar el nuevo hogar colombiano, construido con visión, misión y unos objetivos bien definidos basados en el amor. Muchos de los delincuentes de América Latina han sido paridos en hogares conformados por criminales, en los que impera la ley del más fuerte y del egoísmo, en hogares mal constituidos y convertidos en escuelas generadoras de violencia y angustia.

Muchas parejas se unen y constituyen una empresa de hecho o de derecho pensando única y exclusivamente en sexo, como si esa fuera la única razón de ser de un hogar, o mirando a ver qué plata tiene la novia o el novio, como si el dinero comprara la felicidad.

Hay hogares en los que nada se programa y en los que nada se planea, ni siquiera el tener o no tener los hijos que se desean; por eso se vive al día: como se vayan presentando las cosas en el aquí y en el ahora.

El manejo político o la conducción, en muchos hogares se ejerce por la fuerza, con un autoritarismo tal que parecen pequeñas naciones dirigidas por dictadores. O sale a relucir el machismo como una cultura del poder por la fuerza o el feminismo como un mecanismo de defensa. Esa es una de las tantas razones por las cuales los hijos se vuelven mentirosos, precisamente por el temor al castigo y no por el respeto a sus progenitores.

Qué está pasando en los hogares colombianos es un tema de nunca acabar y merece toda la atención posible por parte de las cooperativas y los fondos de empleados.

Los hogares de los asociados de Coomeva deberían ser modelo y ejemplo de vida para la humanidad del siglo XXI.

El papel del crédito para el desarrollo de los pueblos

Doctor Uriel, a menudo lo escucho hablar de los prestamistas y clientes utilitaristas de las cooperativas. ¿Por qué tanto énfasis en eso?

Es posible que el producto bandera de algunas cooperativas de América Latina sea el crédito, pero estas no se hicieron solamente para prestar plata ni para servir de agentes vendedoras de electrodomésticos o de vehículos, sobre todo de tipo particular. Esto convierte al asociado en un esclavo del consumismo salvaje, que solo ha servido para mantenerlo endeudado hasta más no poder con créditos indiscriminados de consumo, pauperizándole y haciéndole perder poder de compra a su ingreso por adquirir cosas innecesarias.

El crédito debe utilizarse para adelantar económica y socialmente y no para quedarse atrás o retroceder por

su mal uso. El crédito es un arma de doble filo que, así como puede beneficiar al asociado también lo puede perjudicar.

Mundialmente las cooperativas deberían tener o adoptar un procedimiento de asistencia técnica o una consejería económico-social, por medio de la cual se le haga la historia familiar a cada asociado, que permita hacerle un seguimiento y orientarlo para utilizar los servicios en forma adecuada y en condiciones que no afecten el presupuesto familiar ni la armonía en el hogar. Debemos ser justos y organizar en forma conveniente una verdadera expresión mutualista, asignando plazos e intereses acordes con la situación económica respectiva. Con ello estaremos eliminando de plano la morosidad y, por lo tanto, la deserción de asociados en las cooperativas.

Sería importante reunir recursos para crear empresas donde el cooperativismo pueda expresarse para eliminar intermediarios y que sirva como regulador de precios, amparándonos en la teoría de William King cuando dijo a los trabajadores: «Su poder no está en lo que ganan, sino en su poder de compra». Es unirse como consumidores, para defenderse de los intermediarios parásitos, tal como nos enseña el cooperativismo de Suecia.

Década de los años 70

En la década de los años 70, gracias al esfuerzo de unas cuantas cooperativas de Cali y del Valle del Cauca, organizamos cuatro empresas, relativamente grandes, a través de las cuales podíamos comprar de manera directa a la gran industria del país, por volúmenes considerables y de contado, no solo los electrodomésticos, sino todo lo relacionado con muebles para el hogar, equipos de oficina, enseres, etc. Esta fue una compañía que denominamos Central de Producción y Mercadeo Cooperativo, Cenpromercoop.

Organizamos también la empresa distribuidora de materiales de construcción, con bodegas gigantescas en las que se almacenaban mercancías a bajo costo para los asociados de las cooperativas y los fondos de empleados, la cual se llamó Coinmacol.

Otra compañía del grupo, que se fundó en esa época, fue Librecun, la cual se creó para editar, importar y distribuir libros técnicos y de cooperativismo, pero absolutamente todo sobre pedidos para evitar tener un *stock* innecesario de mercancías. Se pensó también en el paquete escolar para estudiantes hijos de los asociados de las cooperativas y los fondos de

empleados, también sobre pedidos, por compras de contado.

La última de estas cuatro empresas que soportó el peso de la indiferencia de los dirigentes de esa época fue la de los servicios cooperativos funerarios, más conocida como Sercofun, que se salvó de la hecatombe por ser la única que no vendió al fiado.

Los demás se dedicaron a fiar a 30, 60 o 90 días a las mismas cooperativas o fondos de empleados y, peor aún, a fiarles a terceros, y ahí fue el acabose, porque entraron en morosidad, no pagaron y, lógicamente, entre las mismas dueñas las quebraron.

Me parece que, a través de la vivienda cooperativa, se crea esa posibilidad de unir y organizar las familias como un mercado cautivo para defender la fuerza de los consumidores, capaces de hacer frente a la solución de las diferentes necesidades en forma colectiva y no individualizada, organizándonos así en lo que siempre hemos llamado «el consumo colectivo».

Debemos hacer un cooperativismo de verdad y no en el que aparecen una cantidad de micro competidoras entre sí, elevando los costos de administración y funcionamiento.

En algunas ciudades intermedias del departamento del Valle del Cauca, al occidente del país, no era raro, para 1998, ver hasta cuatro cooperativas en una sola cuadra, acaparando asociados en forma desleal, como aves de rapiña.

En los Estados Unidos empezó a deformarse el modelo alemán, porque en cada municipio no debe haber más de una sola cooperativa. Para 1970, el 66 % de las uniones de crédito eran muy pequeñas y es esa dispersión la que no permite una verdadera integración económica, viéndose abocadas a tener que trabajar con la banca tradicional, porque la modalidad de ahorro y crédito no tiene la propia, como el modelo alemán.

Otro problema para que surja el cooperativismo de ahorro y crédito es la desconfianza de la comunidad por el desplome de algunas de ellas, las más grandes, en las crisis del año 1998.

Créditos dirigidos hacia la inversión

Se deben otorgar a los asociados créditos dirigidos hacia la inversión y evitarles que los dineros provenientes de los préstamos se les conviertan en plata de bolsillo. Maynard Keynes decía: «El secreto de la economía está en vivir sin gastar». ¿Qué significa gastar? Es una de las palabras sinónimas de despilfarrar.

Este es el pensamiento que debemos adoptar, como si fuera nuestro, en los departamentos de Educación y en el departamento de Crédito y, por qué no, también los funcionarios de las cooperativas. Desafortunadamente, en los cursos no se da inducción ni educación cooperativa, ni a los asociados ni a los funcionarios. Solamente se están dedicando a hacerle mercadeo a las cooperativas para buscar su expansión y creen que eso es educación cooperativa.

No soy enemigo de que se les haga mercadeo a las cooperativas y promocionar sus servicios, pero que quede claro que eso no es educación cooperativa si no se enseña al asociado a utilizar los bienes y los servicios con enfoque cooperativo.

Además, las cooperativas no se organizaron para servir de intermediarias con créditos para vivienda, a través de lo que tristemente se denominó el UPAC y UVR, que no es otra cosa que la más aberrante de todas las explotaciones financieras que un ser humano puede hacerles a sus semejantes.

Mejor dicho, fueron y son los préstamos conocidos hoy como el gota a gota. Simplemente que el UPAC y el UVR fueron patrocinados por los gobiernos de turno. La explotación del capitalismo por el capitalismo.

Siempre me pregunto: ¿cuántos asociados de algunas cooperativas cayeron en semejante despropósito y hoy están a la deriva sin vivienda, porque lo perdieron todo por culpa de unos pocos dirigentes de unas cuantas cooperativas, ya desaparecidas algunas, que no tuvieron voluntad política, ni principios ideológicos, ni valores, ni una filosofía propia que les hubieran servido para contrarrestar semejante adefesio cometido contra los asociados por falta de orientación a tiempo? ¡Más bien cómo que se le hizo el juego a quienes montaron dichos programas para la clase media!

Departamentos de vivienda en algunas cooperativas

¿Para qué se montaron los departamentos de vivienda en algunas cooperativas?

He ahí otra de mis grandes frustraciones, excepto lo que logramos salvar de esa tragedia, y fue la de organizar la cooperativa de vivienda abierta de propiedad cooperativa con escritura única, como es la unidad residencial Fundadores, única para mostrar en Colombia, construida con filosofía y doctrina cooperativa, gracias a la excelente colaboración prestada por el educador y sociólogo Álvaro Ríos Rubiano.

Lo que se ha hecho en las cooperativas y algunos fondos de empleados con programas de vivienda no ha servido sino para atizar el egoísmo y el individualismo con créditos para vivienda de propiedad individual, en los que han salido beneficiados unos pocos.

En esas casas o con esos apartamentos no se construyó hábitat familiar ni hogares con mentalidad solidaria. No se fomentó doctrina cooperativa, ni filosofía, ni valores, porque no hubo educación para vivir en comunidad y para la comunidad. Mejor dicho, se construyeron viviendas para venderlas al mejor postor y ganar plata, pero no se educó a las familias para crear proyectos de vida solidarios ni comunidad cooperativa.

Para finalizar estos capítulos sobre los hogares colombianos y el papel del crédito cooperativo, pienso que todo está por hacer en las cooperativas y en los fondos de los empleados, tanto para los funcionarios como para los asociados y su núcleo familiar.

Los hogares de América Latina necesitan mucha orientación para lograr el desarrollo de la convivencia pacífica y armónica entre las parejas y sus hijos y evitar que se sigan destruyendo las familias por falta de orientación para la vida en armonía.

De la Medicina al cooperativismo

A usted lo he conocido más como cooperativista que como médico

¿Ha seguido ejerciendo la medicina?

¡Muy poco! En términos de tiempo, llevo más años de mi vida como cooperativista que como médico. La medicina cooperativa es también otra gran frustración y tristeza para mí.

Más de cuarenta años de cooperativismo

En cuanto al cooperativismo, pertenezco a la generación colombiana de cooperativistas de los años sesenta, quienes, a mediados del siglo XX, empezaron a fundar cooperativas de ahorro y crédito en Colombia, un siglo después de haber empezado esta modalidad en Alemania, como una de las alternativas para el desarrollo económico y social de los trabajadores

colombianos. Aunque esta actividad ya la venían realizando desde los años cincuenta algunos cooperativistas del altiplano cundiboyacense, nosotros en el Valle del Cauca también iniciamos esa labor de extensión.

De esa época se destacaron en Bogotá, entre otros, algunos líderes como Carlos Julio Niño, José T. Niño, Rymel Serrano Uribe, Carlos Uribe Garzón, Nazario Álvarez, Clemencia Dupont, Ismael Enrique Márquez y Alfonso Perdomo.

En Antioquia tuvimos, nada más ni nada menos, que al que podríamos llamar el padre del cooperativismo colombiano, el doctor Francisco Luis Jiménez, cuya tesis de grado para recibir su título de abogado en el año 1930, sirvió de base para que apareciera la primera ley cooperativa de que se tenga noticia en Colombia, la Ley 134 de 1931, gracias al empeño que puso el padre Adán Puerto, para que esta se diera. En el año 2003, le celebramos los cien años de vida al doctor Jiménez precisamente en Coomeva.

En Medellín hubo también otros líderes como Raúl Quinchía, Barlaham Henao, Mario Arbeláez, entre los que me acuerdo, y en el Valle del Cauca se destacan algunos como Ernesto Zapata Varón, David Orozco Balcázar, Orlando Vidal, Arcesio Vargas Guarín,

Rosario Ramírez, Ayda Perdomo y el suscrito, todos formados en la Universidad Obrera, fundada por el sacerdote jesuita Francisco Javier Mejía, maestro de maestros y fundador de Uconal, así como de la Universidad Campesina, en la ciudad de Buga. En Bucaramanga también hubo otros que participaron en el proceso de expansión.

El doctor Álvaro Ríos Rubiano fue otro de los que ayudó en el proceso de fundación de Uconal en el Tolima con algunos de la región como, entre otros, Alberto Rojas Pardo.

Fue una generación de voluntarios con mística, vocación y mucha dedicación para fundar cooperativas de ahorro y crédito, no solamente en el área urbana sino rural.

Hace ya más de 40 años estuve conociendo mis primeras lecciones de cooperativismo, del cual solamente sabía del fracaso de dos cooperativas en Colombia.

En la asamblea de la Asociación Médica del Valle, celebrada el 22 de octubre de 1963, visualicé y propuse organizar un seguro de vida para los médicos afiliados, como un servicio propio y autónomo, sin

intermediación de una compañía de seguros, cuyos servicios eran muy costosos y de difícil acceso.

La idea consistió en aprovechar la tremenda fuerza que produce la unión de todos los médicos para convertirnos en una especie de compañía de seguros en forma de una cooperativa de auxilio mutuo u otra denominación. Era una posibilidad que había que explorar.

Sería para aportar una cuota mensual no reembolsable; tentativamente, todo dependería de los estudios actuariales, pero, al final, podría quedar así en un principio:

En esa época se pedía, para los afiliados menores de 30 años, \$50 mensuales; de 30 a 40 años, \$75 mensuales; de 40 a 50 años, \$100 cada mes y de 50 a 60 años, \$150. Afiliados de más de 60 años, \$200 mensuales.

Con un ingreso de esa naturaleza y con trescientos afiliados de Asomeva, se podía respaldar un seguro de vida que valiera la pena, pues es una preocupación común de los médicos el futuro de sus familias en caso de faltar definitivamente, ya que los seguros de las compañías son muy costosos y de difícil logro

por las pocas facilidades de pago para la gran mayoría del cuerpo médico.

La propuesta es que las cuotas que se pagan no sean para nadie en particular, sino que se utilizarán para capitalizar nuestra compañía, la cual deberá ser administrada muy hábilmente por financistas que logren hacer prodigios.

Si la Federación de Sindicatos acepta la idea, no serán 300, sino más de 1.000 los afiliados que se encargarán de traer más y más afiliados, para lograr, a través de una organización de este tipo, aglutinar todo el cuerpo médico a nivel nacional. La capitalización sería inmensa cada mes y aumentaría progresivamente, permitiendo no solo incrementar el monto del seguro, sino prestar beneficios en caso de invalidez y vejez, ayudar en la financiación de vivienda y otros planes a medida para que la compañía crezca en poderío económico.

Todo el cuerpo médico del país, aglutinado en esa forma comunitaria, reuniría muchos millones de pesos anualmente sin ningún sacrificio individual y, además, apoyaría en la práctica el adagio aquel de que «la unión hace la fuerza».

En su momento pensé en el cooperativismo para la tercera edad, teniendo en cuenta que para el adulto mayor no existen seguros de vida ni de ningún tipo.

La idea de crear a Coomeva

Creo que ahí nació la idea de crear a Coomeva

Siendo las 11:00 p. m. se dio por terminada la Asamblea, acogiendo con mucho optimismo mi idea y aprobándola por unanimidad, para lo cual me autorizaron explorar esa posibilidad.

Visité entonces, a finales de ese mismo año 1963, la recientemente creada institución, más conocida como Unión Nacional de Cooperativas de Ahorro y Crédito Uconal, que había sido fundada en agosto 15 de 1959, y también visité el Instituto de Ciencias Sociales, más conocido como Universidad Obrera de Cali.

Ambas instituciones me sirvieron como fuente de información, habiendo tenido la fortuna de encontrar al sacerdote Marco Fidel Reyes Afanador, quien me alentó y, además, puso en mis manos el libro más maravilloso que yo haya leído, Democracia Cooperativa, del cirujano norteamericano James Peter Warbasse, llamado entonces «un apóstol de la cooperación», verdadero tratado de cooperativismo con la real proyección de su título.

Allí aprendí no solo la historia, sino los principios y el desarrollo del cooperativismo con sus diversas modalidades, anterior a la Segunda Guerra Mundial, habiéndome impactado tremendamente el cooperativismo de vivienda, el agropecuario y la medicina cooperativa, de la cual es su autor.

Me dediqué, con el tremendo antecedente de los fracasos, a promover una cooperativa, con la idea original del seguro de vida y con organizar la forma de ahorrar y tener un acceso fácil a los préstamos, como etapa inicial completamente lógica.

Después de algunas pequeñas reuniones, entrevisté en persona a unos doscientos colegas médicos para invitarlos a recibir un curso de cooperativismo y decidir al final de él si fundábamos o no la cooperativa. La mitad de los entrevistados rechazó con enojo la propuesta, y de la otra mitad, solamente 34 médicos iniciamos el curso, el cual finalizó con la fundación, el cuatro de marzo de 1964, de la Cooperativa de Ahorro y Crédito Médica del Valle Ltda., Coomeva, con 27 firmantes y \$6.600 de aportes sociales y \$2.700 como cuotas de admisión. Fui su gestor y primer gerente por diecisiete años y medio.

Después de recibir un curso de cooperativismo sobre Bancos Cooperativos en Alemania, desde septiembre

hasta diciembre de 1967, con otros 24 becados por la OEA y la Fundación Friedrich Ebert, propuse aceptar como asociados a otras personas de diferentes profesiones, técnicos, tecnólogos y personal administrativo, así como cónyuges y familiares hasta cuarto grado de consanguinidad, con el argumento de que un banquito y un segurito de vida solamente para médicos no tendría la misma fortaleza y seguridad que le daría la apertura del vínculo a todos los profesionales de este país. El primer año se logró dicha apertura a las profesiones afines a la Medicina, y en tres asambleas más se logró conformar la Cooperativa Médica del Valle y de Profesionales de Colombia, continuando su sigla inicial de Coomeva. Fue así como, de la provincia, logramos saltar a todo el territorio nacional.

No fue fácil que los profesionales creyeran en nuestra propuesta

Inicialmente, no fue fácil que los profesionales creyeran en nuestra propuesta y, además, les incomodaba tener que hacer un curso de cooperativismo de nueve horas, en tres sesiones, para poder lograr que los aspirantes fueran aceptados como asociados.

Eran tan esquivos que de 60 u 80 citados por teléfono, solamente asistían siete u ocho los lunes y viernes. Así duró este proceso por unos tres años. A pesar de

todo, no considerábamos esa actitud como un fracaso. Dos de nuestros instructores en un comienzo fueron precisamente Ernesto Zapata Varón y Arcesio Vargas Guarín, a quien hoy se le ocurrió la idea de escribir esta pequeña biografía.

Conocer el cooperativismo causó tanto impacto en mi vida personal que me hice el propósito de dedicar el resto de mis años a la promoción de este proyecto de Coomeva y trabajar directa o indirectamente para ver sus resultados.

Considero que, gracias a las cooperativas de ahorro y crédito, el cooperativismo en Colombia tuvo un desarrollo pujante hasta finales del siglo XX. Desafortunadamente, a mediados de la década de los 90 empezó el ingreso al sector cooperativo de lo que yo he llamado «las pirañas y los enemigos que abusaron del cooperativismo y de las cooperativas».

Cuando conocí el cooperativismo me impresionó

No fue muy difícil para mí elegir entre la Medicina y el cooperativismo, por cuanto nunca la Medicina me apasionó tanto como cuando empecé a conocer la palabra «cooperativa» como una forma de salvar a la humanidad del egoísmo y la pobreza.

Mi propuesta es crear la vacuna contra el egoísmo y contra la pobreza en América Latina y el mundo. Esta doctrina, estos principios, esta filosofía y valores es lo que deberíamos adoptar como guía, como una luz que ilumine nuestro camino para convertirnos en dueños de nuestro propio destino.

Desde cuando conocí el cooperativismo en la década de los sesenta, me picó el virus que nunca me pudieron curar. Era una época de ilusos y un apostolado lleno de voluntad para organizar la comunidad en cooperativas, sobre todo trabajadores de empresas con vínculo común muy cerrado.

En todos mis años de vida cooperativa siempre he visto la desconfianza de la gente en las cooperativas. En los primeros años de cooperativismo en Colombia, esta desconfianza se dio por las quiebras de las cooperativas de consumo, y cuando ya el cooperativismo de ahorro y crédito en el país empezaba a tener imagen corporativa y nos estábamos posicionando en un mercado, que ha sido esquivo para el cooperativismo nacional, vino la catástrofe del 98 con las llamadas cooperativas financieras. Y ahí fue Troya, porque retrocedimos 150 años de historia y volvió la desconfianza de la comunidad por la pérdida de los aportes sociales que, con tanto esfuerzo, a través

de tantos años y peso a peso los asociados habían ahorrado en sus cooperativas.

El individualismo de los colombianos es otra razón para desconfiar de las cooperativas, así como el no querer trabajar en grupos y para grupos. Los anhelos, las emociones y el espíritu del ser humano no dan para ello, ni en las ciudades ni en el campo. Por eso no es fácil redimir una comunidad que no está educada para ayudarse a redimir.

Eso conlleva a que no haya desarrollo de la comunidad. Tal vez eso coadyuve a que haya inseguridad, violencia y zonas críticas de atracos y de guerra en Colombia a partir de los años cincuenta. No se nos ha conmovido el corazón para amarnos los unos a los otros, darnos la mano y trabajar unidos por objetivos comunes en un mundo trágico por los desenlaces más tristes que a diario vivimos. La palabra caridad viene de amor, pero, la verdad, la especie humana ni la conoce ni la quiere conocer.

Las hojas del calendario caen y caen, hoy más que nunca a velocidades que no percibimos y, sin embargo, no le queremos dedicar algo de tiempo a la reflexión del porqué estamos como estamos respecto a las diferencias económicas y sociales tan profundas, así como de pensamiento entre los seres humanos.

Muchas personas agarran un arma de fuego o punzante, e inclusive armas no convencionales, para intimidar a sus semejantes y violentarles sus derechos por la fuerza y a mansalva, mostrándoles los dientes de la crueldad y la intolerancia, imponiendo la ley del que esté más armado y atemorizando a una comunidad débil, inerme e indefensa, observando y aguantando tanto terrorismo y viviendo tanta intranquilidad en medio de la incertidumbre simplemente porque el delincuente no quiere conocer los códigos del amor y la armonía.

Estos códigos son la fórmula que les doy, no como médico sino como cooperativista. Solamente uniéndonos todos los que estamos desarmados contra los que, sin alma, están armados, podremos lograr que la razón y el corazón se impongan sobre los verdugos que nos tienen viviendo en medio del terror.

Me parece que terrorismo no es solamente colocar y explotar bombas o cilindros de gas, para masacrar a la comunidad, sino que también se entiende como tal la acción que realizan los atracadores en buses urbanos y en calles de las grandes y medianas ciudades atemorizando a personas inermes y desprotegidas.

Yo a veces creo que la frase «Libertad y Orden», que aparece en nuestro escudo, debería cambiarse por la

de «libertinaje y desorden» de un pueblo en el que los valores morales y espirituales se perdieron.

Vale más un vehículo que el ser humano

En la sociedad de hoy vale más un vehículo que el ser humano. Vale más el tener que el ser. Erradicar el egoísmo de nuestras mentes ciegas y mezquinas nos permitirá ver y empezar una vida nueva, sin orgullo, sin humillar ni pisotear a nadie, armándonos solamente de la palabra amor para ponerla al servicio de los demás.

El cooperativismo es la vacuna contra el egoísmo y la pobreza de la humanidad, porque es la doctrina y la filosofía contra el individualismo que no permite amarnos los unos a los otros.

La historia de los Cuatro centavos

Doctor Uriel, hace muchos años, por allá en febrero de 1967, en la revista núm. 1 de Coomeva, que usted tuvo a bien enviarme y que aún conservo como uno de mis mejores tesoros, encontré la lindísima historia de los *Cuatro centavos*, escrita por la doctora Ana María O’Neill.

Nos decía ella que dicho cuento no empieza con la frase ritual de «Erase un rey...» y que tampoco tiene como fondo el ambiente suntuario de las cortes e, inclusive, que tiene como fondo una fábrica de tejidos cuyos trabajadores de figuras rústicas y muy pronunciadas le dieron un sabor a la historia, más económico y social que literario.

Mejor dicho, es un cuento de mercados o de cuatro centavos que le han dado varias vueltas al planeta Tierra, tintineando por el mundo con unas botas muy largas como las del *Siete Leguas*. Cuatro centavos que

jinetearon cinco continentes y que establecieron su cabeza de puente en Inglaterra. Cuatro centavos que realizaron un movimiento económico, político y social por el norte de Europa y de carácter envolvente en todo el mundo, reclutando un ejército de un poco más de mil millones de soldados de paz. Son cuatro centavos que caminan desde 1844 y todavía no terminan su marcha singular.

Esos cuatro centavos fueron exprimidos en privaciones angustiosas de cada uno de los 28 obreros hilanderos de franela, la mayor parte de ellos hace más de 170 años. Son cuatro centavos cooperativos, y en esto de ser cooperativos radica la magia de su poder para multiplicarse.

Son centavos que tienen el poder expansivo y germinador de semillas. Son centavos que vibran al compás del sueño de transformación del que los depositó en el arca común de los ahorros con fe de agricultor que siembra su semilla. Encierro temporero en el que la semilla contacta las fuerzas misteriosas, que lo ayudan para romper su cárcel con la palanca verde de su tallo.

Los cuatro centavos eran de cada uno de los 28 pioneros, más conocidos como los tejedores, que sabían engarzar en el tejido material la hebra remozadora

de los sueños. Mientras sus telares presurosos preparaban los lienzos que no podían comprar para vestirse, sus mentes tejían los pañales de la era del hombre sencillo y humilde que tiene sus cimientos visibles en 1844.

Estos obreros que, según nos dice el economista Stuart Chase, vegetaban en un presupuesto semanal de unos cuantos chelines, cuando pidieron aumento, escucharon una respuesta que parece de ahora: no se les podía aumentar el precio de los jornales porque la industria no daba para pagar más y el capital se vería obligado a emigrar del país o, de hacerlo, lo que resultaría sería un alza general de los precios, perjudicando a los obreros. Es como decir que los empresarios de hace doscientos años tenían el mismo discurso de los de hoy.

¿Qué poder pueden tener cuatro centavos para realizar maniobras de carácter mundial? Simplemente que, si los cuatro centavos se hallan dispersos, sirven para una sola cosa: atraer explotadores como unas gotitas de miel también dispersas que solo ayudan a atraer moscas.

En cualquier comunidad, la existencia de la explotación es índice de que hay negocios lucrativos para el

explotador. Si no puede explotar donde se ubica, se trasladará a otras regiones en busca de su presa.

Los 28 obreros dueños de los cuatro centavos de este cuento son 28 especialistas en pobreza. Saben de qué está hecha y han concebido un plan para desintegrarla, para transustanciarla. Son 28 alquimistas sociales. Es posible que ustedes recuerden a los alquimistas de la Edad Media que se empeñaron en transmutar en oro los metales groseros. Esos 28 pioneros se decidieron a transmutar la pobreza individual en riqueza colectiva, cambiando la explotación política, económica y social de unos contra otros en hermandad humana.

Tomaron de pegasos para su aventura los cuatro centavos de este cuento. Su plan tiene dos fases: la primera, cambiar el cobre de los cuatro centavos que se han impuesto como ahorro mensual en el oro de una libra esterlina por los siglos de los siglos...

El segundo paso era abrir una tienda, pero una tienda muy distinta a las demás, por su filosofía, por su doctrina, por sus principios. Fue un verdadero laboratorio de democracia. Ellos sabían que, si la democracia no penetra en lo económico, es una deidad lejana a la que se le rinde un servicio puramente labial.

Voy primero a presentarles estos *Cuatro centavos*, decía la doctora Ana María. En el reposo claustral que antecede a la eclosión de la semilla, metidos en el cofre de ahorros colectivos, estos centavos sienten el ansia de los hombres; hay que extenderse hacia ellos para casi sacarlos del rincón en que están depositados.

Es que a sus dueños les vienen tentaciones diarias fuertes de emplearlos para satisfacer un apetito o un ansia, como es la de saborear un trago de cerveza que les haga sentir menos el frío. (Recuerden que este es un cuento de invierno).

Los cuatro centavos tiemblan ante la posible claudicación de sus dueños. ¿Los sacarán antes del término y quedará así frustrada su misión? ¿O tendrán los que allí los sembraron el más egregio de los heroísmos -el heroísmo al detalle que le niega a la carne el trago o el tabaco, o el dulce de ocasión-?

Con regocijo advierten que los días van pasando y que no se interrumpe su período de incubación. Sus dueños, cuando temen flaquear, buscan el apoyo de los otros que se privan de gastarlos como ellos y juntos hacen de nuevo el análisis químico-social de su pobreza.

«Todo el oro y la plata de las cajas fuertes de los bancos –decía Howarth– se formaron con nuestros peniques. Ya no nos pertenecen, pero nosotros ayudamos a amontonarlos comprando mantequilla rancia, azúcar, sal y chocolate con tierra».

Y luego, analizada, echaban a volar la imaginación. Soñaban que ganarían la batalla, no solamente de la clase obrera, sino de toda la humanidad y que la ganarían sin derramar una gota de sangre. Romperían su cárcel de miseria y enseñarían a los hombres hermanos a romperla.

Desde luego que soñaban con ser capitalistas, pero se proponían un capitalismo privado de posesión y corte puramente social y no un capitalismo privado de posesión con enfoque individual, que solo ha servido para la explotación del hombre por el hombre. Por eso se propusieron ensayar la aventura de la posesión colectiva privada de los medios y los modos de producción.

La totalidad de esta historia, nacida de la realidad, es muy extensa. De todas maneras, termina diciendo que a los 16 años de la apertura de la tienda ya los cuatro centavos movían un volumen anual de negocios superior a los USD 760.000, para lograr así trasmutar la pobreza. Siglo y medio después, se dio la integración

de la Whole Sale, la cooperativa mayorista inglesa más grande de Europa, controladora de los precios para favorecer a los consumidores, sean asociados o público en general.

En Coomeva el ahorro ha sido más obligatorio que voluntario

¿Usted, doctor Estrada, conocía esta historia antes de idearse a Coomeva?

La historia como tal la conocí años después de haberse fundado Coomeva, pero, la verdad, me pareció muy coincidente. Lo que sucede es que en Coomeva el ahorro ha sido más obligatorio que voluntario, por cuanto no existe la cultura del ahorro como virtud individual en ninguna de las capas sociales de nuestro país.

Me parece que lo que visualizaron los pioneros de Rochdale es que «La unión hace la fuerza». Pero en el cooperativismo colombiano o de América Latina es lo contrario: «La unión se hace a la fuerza».

Tal vez por ello el cooperativismo de ahorro y crédito en Colombia floreció gracias al ahorro obligatorio gota a gota, descontado por nómina a los trabajadores de cooperativas, sobre todo de vínculo cerrado. De no haber sido por esta modalidad, hubiera sido imposible

ver crecer el ahorro de los asociados en las cooperativas. Lógicamente que en Coomeva el ingreso per cápita promedio histórico de nuestros asociados es de un nivel más alto que en otras cooperativas y eso ha servido para que el crecimiento y el desarrollo económico hayan sido mucho más rápidos que en otras instituciones que nacieron en la misma época en que nació la nuestra.

Me parece que ahí está la diferencia entre los ahorradores voluntarios del cuento anterior y los ahorradores o aportadores de nuestras cooperativas como Coomeva, que lo hicieron por obligación.

De todas maneras, a pesar de las imperfecciones, la Coomeva de hoy me impresiona y me llama la atención. Me produce alegría ver realizado mi sueño, así sea en una partecita.

La tarea política, económica y social de Coomeva creo que apenas comienza. Ya está lista la infraestructura para montar la escuela latinoamericana de cooperativismo, a través de la cual podemos desarrollar un trabajo intelectual y de academia divulgando la teoría y ciencia cooperativa como alternativa para buscar y lograr un nuevo modelo de desarrollo integral de la comunidad basado en la cooperación.

Propuesta para el desarrollo cooperativo: una utopía

La tesis del 1 %

La propuesta no es decir sino hacer

«Cuando escucho... entiendo
Cuando veo... comprendo
Cuando hago... aprendo»

María Montessori
educadora y médica italiana

Doctor Estrada, no son pocas las veces que le he escuchado en conferencias suyas explicar su proyecto relacionado con lo que puede llegar a ser el verdadero desarrollo del cooperativismo mundial, no solamente en lo económico sino en lo político y también en lo social a través del autofinanciamiento, por un lado, y fomentando la educación, capacitación y promoción del cooperativismo, por el otro.

Conociendo la historia y los logros de los cuatro centavos descrita en el capítulo anterior y, sobre todo, los millones de testimonios que deambulan por el mundo entero predicando sobre la fuerza y los éxitos de la cooperación, me pregunto por qué la tesis del 1 % no ha podido ser posible, cuando organismos, como la Alianza Cooperativa Internacional, que rige el cooperativismo mundial y que además conoce el proyecto, pueden llegar a ser una de las beneficiadas.

Usted ha llamado dicho proyecto «la vacuna contra el egoísmo y la pobreza mundial». ¿En qué consiste?

De cada préstamo que le haga la cooperativa o el fondo de empleados a un asociado, le saca, por una sola vez, el uno por ciento como donación del asociado para el fortalecimiento del cooperativismo universal, para que sea capaz de hacerle frente al capitalismo despiadado y en el que se pueda poner en práctica la democracia y hacer que el ser humano llegue a ser verdaderamente libre de toda opresión, como el consumismo, por ejemplo. Dicha donación no tendrá la categoría de diezmo, por cuanto sale de la prestación de un servicio y no del ingreso del asociado.

Es lo que yo he dado en llamar «la micropropina a título simbólico», para crear conciencia de la solidaridad global universal de los más de mil millones

de asociados, y poder así crear el mecanismo educativo que permita la formación de todos y cada uno de los asociados o dueños de las cooperativas del mundo.

Es profundizar en la tesis del 1 %, iniciada exitosamente en Uconal en Colombia en 1966 y propuesta como mecanismo de financiación mundial desde el 24 de febrero de 1984. Es enseñar al asociado a compartir y adquirir actitudes de compromiso político, económico, social y solidario con el movimiento cooperativo del mundo.

Esto podría decirse de Los Pioneros de Rochdale, quienes con su casi inigualable y muy limitada imitación sentaron las bases de la más portentosa empresa, gracias a la educación constante y al ahorro permanente.

No imitado porque, a pesar de los más de 160 años transcurridos, por carencia de esos dos factores, el cooperativismo es un movimiento semiconocido. Duro es reconocerlo, pero la gran mayoría de las personas que ingresan a una cooperativa o a un fondo de empleados entran no porque deseen ser asociados o porque les agrade este movimiento, sino porque allí prestan plata u otros servicios. Es como decir que

piensan, sienten y actúan más como clientes que como asociados o como dueños de la cooperativa.

Lo más grave es que en las cooperativas y en los fondos de empleados se han venido promocionando más los préstamos y los servicios que la filosofía o la doctrina. Los departamentos de educación cooperativa los convirtieron en departamentos de mercadeo, y es por ello que los asociados ingresan a estas instituciones con una actitud puramente utilitarista y sin ninguna educación.

De allí el poco sentido de pertenencia por la institución y el nulo sentido de identidad por los postulados del cooperativismo. Díganlo, si no, los países que han venido en retroceso; algunos países que, a pesar de que son súper desarrollados, están amenazados con predicciones tenebrosas, haciendo estremecer la economía mundial, precisamente por la injusticia y la descomposición social, tal como sucedió con el desastre del 11 de septiembre de 2001, en New York, por no poner sino un ejemplo.

Con un cooperativismo unido, otra sería la historia de la humanidad. Actualmente somos un poco más de mil millones de cooperados, pero muy pocos somos cooperadores y predicadores de doctrina, filosofía e ideología cooperativa.

¿Cómo podemos explicar y justificar la situación del mundo actual si no es reconociendo que no hemos sido capaces de aprender y practicar el «primer laboratorio de la democracia» y «faro de la humanidad» que nos legaron los «alquimistas sociales», más conocidos como Los Pioneros de Rochdale?

Cientes que entran y salen a prestar plata

Otra de mis más grandes frustraciones de hoy es ver en las cooperativas y los fondos de empleados esa pléyade de clientes que entran y salen a prestar plata o a cancelar sus compromisos, pero que ninguno o muy pocos saben quiénes fueron los pioneros, y lo peor es que no les interesan estos temas.

La ideología y filosofía cooperativa para los profesionales de América Latina es como una ofensa para sus títulos, es como bajarlos de la doctoritis que sufren. A muchos de ellos les da vergüenza decir que son asociados a una cooperativa, porque tienen la sensación de que esas son entidades que pertenecen exclusivamente a los pobres.

De las cosas que más me produce risa es ver una persona de la mal llamada clase media temiendo ser señalada como pobre o de clase baja.

Con la temible UPAC, Unidad de Poder Adquisitivo Constante, que existió en Colombia en décadas pasadas para financiar planes de vivienda para la clase media, fue a la clase que más palo le dieron y, sin embargo, no cogen escarmiento en el sentido que es mejor ser humilde y sencillo que petulante, pendenciero y presuntuoso con un supuesto estatus que no existe más allá de las mentes que creen vivir esa irrealidad.

Cuántos de los asociados de hoy, en las cooperativas y fondos de empleados, tal como sucedió años después en Rochdale, se convirtieron en enemigos temibles dentro de las instituciones, empeñados en el obstruccionismo y destruyendo lo que con tanto esfuerzo se ha venido construyendo a través de los años, tal como sucedió con la crisis del 98 en Colombia, con las llamadas cooperativas financieras. Unos vivos y enemigos del cooperativismo se aprovecharon de ellas para arrasarlas y desaparecerlas del planeta.

El relato que nos hace Holyoake sobre los pioneros es muy sencillo, al igual que lo son sus protagonistas. Viene a ser como una especie de pequeño evangelio, en el que unos apóstoles del siglo XIX pretenden cambiar la faz de la vida misma en lo económico, lo social y lo político, sustituyendo la competencia entre

los seres humanos por la cooperación, y reemplazando una economía basada en el lucro por una economía fundamentada en la satisfacción de las necesidades y en la idea de servicio; todo ello partiendo, como primera etapa, de la explotación para uso común de un establecimiento como el de comestibles.

Hoy, la Wholesale de Manchester, descendiente directa de Rochdale, con sus más de 200 fábricas en las que trabajan más de 60.000 obreros para el suministro de las cooperativas de base, y la London Company Society, con un poco más de 1'250.000 asociados y un parque automotor de más de 2.000 camiones dedicados al suministro, por no citar sino dos casos geográficamente próximos a la ciudad de los pioneros, demuestran que no hubo tanta fantasía o utopía como sentido de la realidad en ese grupo ejemplar de cooperadores, como nos lo dice José María Nasarre en el prólogo del libro sobre la *Historia de los Pioneros de Rochdale*, del doctor Holyoake.

Como dije antes, con un asociado que done el uno por ciento de un millón de unidades monetarias de préstamo (\$1.000.000) por una sola vez, serán \$10.000 UM (unidades monetarias).

Mil asociados haciendo los mismo de manera simultánea en nuestro país en un solo día sería como

multiplicar mil millones de unidades monetarias por el 1 %; esto nos daría diez millones de UM en ese solo día. Y así sucesivamente, para Colombia se haría con miles y miles de asociados que a diario solicitan préstamos.

En Suramérica hay diez países que harían lo mismo con los asociados en cada cooperativa. En la América Central Ístmica son siete países y en la Insular son muchos más. En el norte tenemos a Méjico, Estados Unidos y Canadá, y en todos estos países el cooperativismo está mucho más desarrollado. En Europa se acentúan mucho más las cooperativas, y qué decir de los países asiáticos, entre otros.

El lema de los tres mosqueteros

En otro capítulo de este mismo libro digo que el lema de los tres mosqueteros, en teoría, es muy bonito, pero que el egoísmo y la desconfianza entre nosotros es lo que no nos deja cumplir con eso de que «la unión hace la fuerza».

Comparto un poco la tesis de Arcesio Vargas Guarín cuando dice que «la unión se hace a la fuerza», en el sentido de que mientras no haya un organismo internacional o una ley obligando a las cooperativas y a los fondos de empleados para que descuenten a la

fuerza esa donación del uno por ciento (1 %), pues voluntariamente es muy difícil que cada asociado lo haga por iniciativa individual.

Debe haber una ley universal que obligue al descuento –donación– en cada país y que, a la vez, se pueda crear el mecanismo o procedimiento para el manejo de esos dineros.

¿Quién debe dar el primer paso para el logro de esa idea? ¡he ahí el dilema!

Dos cosas han hecho imposible que se logre sacar adelante este gran proyecto para redimir a la especie humana de ese letargo infeliz en el que hemos estado sumidos a través de la historia: por un lado, el egoísmo que no nos deja ver la realidad ni ser solidarios con causas tan justas para redimirnos a nosotros mismos, y, por el otro, la desconfianza en las instituciones cooperativas y en las personas que las administran.

Las preguntas que nos hacemos son: ¿quién o quiénes manejarían esos dineros a nivel mundial?, ¿qué organismos pueden ser?, ¿será la Alianza Cooperativa Internacional?, ¿cuáles federaciones lo harán en Colombia?, ¿cuáles lo harían a nivel latinoamericano?

Uno entiende que debe darse la infraestructura, no solamente de nuestro país sino del exterior, para el manejo de esos recursos.

Distribución del uno por ciento

¿Cómo se hará la distribución de ese 1 %?

El 0.2 %, o sea 20 unidades monetarias (UM), quedará en las cooperativas o fondos de empleados, en un fondo especial para promoción del movimiento cooperativo a nivel interno y también para crear conciencia universal.

Un 0.8 %, o sea 80 UM, serán para desarrollar el cooperativismo nacional a través de una fundación nacional.

Otro 0.2 % (20 UM) va para las federaciones en las que se encuentre afiliada la cooperativa o el fondo de empleados.

El 0.1 % (10 UM) va para la Confederación de Cooperativas de cada país.

Un 0.05 % (5 UM) se enviará al organismo continental.

El 0.2 % (20 UM) sería para la Alianza Cooperativa Internacional, en la cual se organizaría una fundación entre todas las fundaciones del mundo.

La confederación de cada país trabajará de la mano con la fundación nacional de cada país, teniendo en cuenta que entre las dos suman el 0.4%, o sea 40 UM.

Necesitamos la base de datos para conocer el número de entidades que hay en el mundo, el número de asociados que tienen esas entidades y el monto total de los préstamos que hacen a sus asociados.

Entre la Alianza Cooperativa Internacional y la fundación de fundaciones de las naciones se creará el Banco Cooperativo Internacional, como cúspide de la pirámide, el cual se encargará de financiar al mundo cooperativo a través de sus filiales distribuidas por todo el universo.

Cuota que sirva para impulsar el cooperativismo

He observado, en estos cuarenta años, que a pesar de que el asociado recibe beneficios no existe un mecanismo que le permita aportar directamente a su cooperativa una cuota que sirva para impulsar el cooperativismo. Se debe adoptar un procedimiento que sea sencillo, lógico y poco costoso. Allí hay un círculo vicioso y es ¿quién debe empezar a descontar y por orden de quién?

Los gobiernos de cada país deben empezar a obligar el descuento y el manejo de esos recursos, reformando los estatutos de cada organización para iniciar cuanto antes esta acción.

Como sucede en el fútbol, debemos utilizar una terminología universal que sea muy propia del sector o sistema cooperativo. El 1 % es una discreta donación de todo asociado por cada servicio que reciba de su cooperativa, mediante la retención, por su propia voluntad, de una porción del beneficio personal.

Los países pobres inician con el aporte-donación del 1 % por cada servicio utilizado de los asociados de las cooperativas o fondos de empleados, con tres fines:

0.2 % para educación en la misma institución.

0.4 % para educación, capacitación y promoción, para utilizar en todos los niveles de la integración vertical.

0.4 % para la creación de una fundación cooperativa para el desarrollo cooperativo en cada país, y traslado por cada una de ellas del 0.2 %, o sea la mitad, a una fundación de fundaciones a nivel de la Alianza Cooperativa Internacional. Serán recursos siempre presentes y en aumento con el crecimiento diario y continuo del sector.

Proyecto para el desarrollo ideológico, económico y social del cooperativismo en Colombia

Nos agradecería conocer su teoría sobre cómo organizar un cooperativismo de impacto en América Latina y una cooperativa en cada municipio. ¿En qué consiste?

Es una visión futurista y son ideas para el desarrollo.

1. Que no sean las instituciones de primer grado a las que les toque pagar las cuotas de sostenimiento de las federaciones o confederaciones en las que estén afiliadas, sino a los asociados, que somos los que nos beneficiamos de los servicios que nos prestan, como dueños que somos, de las cooperativas o los fondos de empleados.

En el capítulo anterior expuse sobre una donación del 1 %, por una sola vez, de cada préstamo que la entidad nos conceda. Son pequeñas sumas que sirven para que las cooperativas o el fondo de empleados puedan cumplir con sus compromisos adquiridos con las federaciones y evitar la morosidad de sus afiliados.

En un seminario que hicimos para evaluar la acción de Uconal y también en la Asamblea Regional que celebramos en el Valle del Cauca en abril de 1966, se aprobó esa propuesta, la cual dio buenos resultados porque en las entidades se cumplió con esta orden emanada de la Asamblea y cada mes pasaban esos dineros a la regional de Uconal, por lo que pudo respirar tranquilamente.

Para las nuevas generaciones de cooperativistas colombianos, estaremos explicando en capítulo aparte qué fue Uconal para el cooperativismo nacional de ahorro y crédito por un poco más de 40 años, hasta cuando llegaron las pirañas enquistadas en el cooperativismo, la desnaturalizaron y se la devoraron...

2. El organismo de seguros y, además, integrador de las cooperativas de ahorro y crédito de más de setenta países, conocido como Cuna Internacional, realizó su Asamblea General en 1968 y allí se propuso el aumento de nueve a diez centavos de dólar por asociado, como

cuota de las ligas regionales de los Estados Unidos y de los demás países integrados en el sistema. Dicha proposición fue negada.

Se propuso entonces un aumento de medio centavo de dólar, siguiendo la idea que traíamos de Uconal en Colombia, y tampoco fue acogida.

En esa época se insinuó descontar también el 1/1.000 de cada préstamo otorgado a los asociados de todas las cooperativas, lo cual significaría cuatro veces los presupuestos que trataban de mejorar.

Soy consciente de que en estas organizaciones es muy lento obtener algún cambio, por el egoísmo de la gente y de las instituciones, pero la idea sigue en pie, por lo menos mientras yo viva.

3. Soy hombre de fe y creo en la longanimidad como un estado de ánimo que jamás me acongoja, pues creo conocer un poquito al ser humano y su debilidad por redimirse a sí mismo.

Me parece que la energía que lo mueve todo es la persistencia.

Solamente persevera el que tiene fe y esperanza.

Es la ley de la perseverancia.

Mis ideas y mi categoría de cooperativista convencido no son comprendidas porque me muevo en un régimen capitalista y egoísta, pero también agiotista, que poco me entiende, y de allí la dificultad para lograr la comprensión sobre la necesidad de los cambios.

Vivimos quejándonos de esta sociedad, pero no miramos cómo es nuestra actitud frente a ella.

Queremos tener un país diferente, pero con gente indiferente es muy difícil que a todos nos vaya bien.

Desafortunadamente, los más necesitados y los más aporreados por el sistema somos los más tranquilos y resignados mirando un horizonte confuso en el que no se vislumbra claridad alguna para nuestro destino.

A toda hora estamos esperando a que nos den y, sin quererlo, nos estamos convirtiendo en mendigos de un no sé qué, que seguimos esperando con rabia porque no llega. En esa incertidumbre nos la pasamos todo el tiempo y por eso no avanzamos hacia la conquista de un mundo más humano, el cual nos toca conquistar a nosotros mismos ayudándonos los unos a los otros.

Un campesino brasilero decía: «Prefiero vivir feliz sabiendo que no tengo que vivir amargado por no tener». No sé si eso es conformismo, pero lo que sí

sé es que esa es una forma de pensar profundamente egoísta.

La Biblia dice que con tus ojos verás el castigo de los malos. Aunque Dios no castiga, como hemos creído, ni la sociedad tampoco, pienso que somos nosotros mismos los que nos damos el castigo al no hacer nada para redimirnos.

Si el cooperativismo es la doctrina que predica la armonía y la ayuda mutua, el capitalismo es la antítesis cuando promueve el egoísmo, la competencia y la lucha por aniquilarnos y acabarnos entre nosotros mismos, porque la ambición no nos deja ver el camino sano. Tal vez por ello nos convertimos en monstruos peleando contra monstruos, llenos de triquiñuelas en una sociedad corrupta y dañina, como nos diría una vez nuestro amigo Miguel Ángel Ospina.

La sociedad moderna mundial padece de un cáncer al que llamamos corrupción.

Mis mensajes no van con el ánimo de hacerle daño a la humanidad, y de allí mi afán de utilizar la persuasión y no la coerción, para comprender la magnitud de lo que podremos lograr entre todos unidos, si nos lo proponemos.

4. Para la última Asamblea de Cuna Internacional, celebrada en mayo de 1970, a través de la cual Cuna se convirtió en el Consejo Mundial de Cooperativas de Ahorro y Crédito, yo estaba recién nombrado como presidente de la Junta Directiva de Uconal a nivel nacional; por ello viajé a la Asamblea de Cuna, en Madison, Estados Unidos.

Estando allí me hicieron un reportaje para la revista de la organización y, en su momento, propuse la creación de un banco mundial de ahorro y crédito cooperativo con el 1 % de los activos de cada cooperativa a nivel mundial, con el fin de incorporarlo al Banco Cooperativo Internacional de Suiza, y la alternativa de hacerlo con el 10 % de las reservas que, en ese momento, eran equivalentes a unidades monetarias. Siempre hemos pensado que este banco, en poco tiempo, podrá atraer todas las modalidades del cooperativismo universal.

Con un banco de propiedad del cooperativismo mundial se nos acabarían las penurias económicas, estaríamos de tú a tú con la banca capitalista y estaríamos regulando, en parte, el costo del dinero y, sobre todo, el costo del crédito, como ha venido sucediendo en Alemania desde Raiffeisen, hace más de 130 años.

5. Asistí al primer Congreso Continental de Doctrina Cooperativa, convocado en julio de 1984 por la Organización Cooperativa de América, OCA. Como complemento de su asamblea anual, se hizo la presentación del 1 % con el carácter de universal, con transparencias ilustrativas (única de once ponencias).

Posiblemente al mencionar que esto podría significar entre 10.000 y 15.000 millones de dólares en un año, me imagino que lo vieron como una utopía. De ese Congreso, sobre doctrina, lamentablemente no salió ninguna información.

Para el mes siguiente, o sea en agosto de 1984, Uconal celebró sus 25 años de fundada, realizando un congreso en Cartagena. Allí logré sustentar la tesis del 1 %, pero en la sesión final. Lógicamente, no fue puesta en consideración. El superintendente bancario de Colombia, quien fue uno de los ponentes oficiales, tuvo la gentileza de comentarme: «No es por halagarle, pero me pareció como un mago cuando hacía la presentación de su idea del 1 %».

De Uconal seguimos a Panamá, a la Convención de Cooperativas de Ahorro y Crédito, convocada por el consejo Mundial Woccu, e intervine en varias mesas de trabajo y también en las plenarios. Aproveché para

distribuir a todos los participantes (uno por día) cinco artículos referentes a la tesis del 1 %.

A la primera reunión en América del Comité Central de la Alianza Cooperativa Internacional, ACI, en Washington D. C., en septiembre de 1985, como en el caso de Panamá, a todos los miembros de habla hispana les repartí los mismos artículos y también los entregué a la Secretaría de la mesa directiva para que se incluyeran en las memorias. Desafortunadamente, una influenza me impidió intervenir en la sesión de clausura, preciso en el momento en el que un representante de la India se refirió sorprendido a los precarios recursos que impedían a la ACI cumplir su misión.

En enero de 1986, el director de Publicaciones y encargado de información de la ACI, señor Jean F. Kister, acusó recibo de los documentos entregados en Washington y me manifestó que era su deseo publicar en la revista denominada Información Cooperativa Internacional, de circulación trimestral, en la edición de mayo, mi artículo «Método para desarrollar el cooperativismo con el concurso de los mismos asociados».

Agregó el señor Kister: «Aprovecho la presente oportunidad para manifestarle cuánto me interesó su

texto. Me parece que usted y yo bebemos en la misma fuente. Se ven en su texto influencias del Evangelio: las bienaventuranzas, el grano de trigo que produce una espiga después de haber sido metido en la tierra, la multiplicación de los panes y los pescados, etc.

En los países desarrollados, como se les ha llamado, parece menos difícil dar que compartir, por cuanto es relativamente más fácil hacer regalos. Sin embargo, compartir verdaderamente más allá de lo obligatorio y comprometerse es lo más difícil. Estoy convencido de que su método, si no puede solucionar los problemas de la tierra, podrá solucionar, por lo menos, los de la gente que tratará de vivirlo con sinceridad».

En efecto, en la revista correspondiente a mayo de 1986 salió la publicación y con resúmenes en inglés, francés, alemán y ruso.

En algunos países de Suramérica, desde el 83 hasta el 89, me la pasé promocionando la tesis del 1 %, pero todo ha quedado ahí. Desde entonces, en Colombia son miles las oportunidades que he tenido para mencionarlo, adicionándole el asimilar el 1 % a una microdonación o a una macropropina.

Si mi propuesta del 1 % hubiera sido acogida en los primeros años, desde 1984, puedo asegurar, sin lugar

a equivocarme, que el cooperativismo habría estado en condiciones de facilitar créditos sin intereses y, por qué no, donaciones a los países socialistas una vez derrumbado el Muro de Berlín.

Se tendrían, por lo menos, mil millones de dólares mensuales, con tendencia al crecimiento, si tuviéramos los satélites propios para mensajes idénticos Urbi Et Orbi las veinticuatro horas del día y, lógicamente, en el idioma respectivo de cada país o países, inclusive, antes de Internet, que no cabe duda de que hoy permite allegar información mucho más abundante y, a lo mejor, haciendo una alianza estratégica de incorporación con los programas de Discovery.

Los enemigos de la cooperación son los que están dentro de las instituciones

Charles Guide, fundador de la Escuela de Nimes en Francia, afirmó que los enemigos más temibles de la cooperación son los que están dentro de las instituciones, principalmente por la ignorancia del cooperativismo en cuanto a su misión, doctrina y filosofía.

No me cabe en la imaginación ni he podido explicarme por qué los cooperativistas no evalúan, por lo menos,

el inmenso y formidable significado de un recurso suficiente, no oneroso y, además, creciente, para el fomento de la educación, formación, capacitación, promoción e información para la investigación, desarrollo y garantías para los ahorradores y presencia en las catástrofes a nivel mundial.

La propuesta también es buena para cada cooperativa o fondo de empleados porque contempla que el 20 % (de ese 1 %) se quede en la respectiva institución, para reforzar los fondos exclusivamente hacia el fomento de la educación para la promoción de la persona humana.

6. En el Capítulo IV, donde expuse el papel del crédito cooperativo, doy a conocer la importancia de un comité técnico que asesore a los asociados a la hora de solicitar un crédito y evitar las causas y efectos de la morosidad, con el agravante de la deserción de asociados que a ello conduce.

Creación de una Consejería Económico-social

En 1987, después de analizar el sistema o procedimiento para estudiar y aprobar los créditos en Coomeva, propuse la creación de una consejería económico-social para que, a manera de consulta,

atendiera al asociado con cita previa para levantarle una historia de carácter familiar, en cuanto a ingresos y gastos y, en el caso de los servicios, especialmente el crédito, tener muy en cuenta su cupo, capacidad de pago y garantías, con el fin de evitarle contratiempos económicos no solo al asociado, sino a su familia. A los más necesitados, subsidiarles los intereses a un 0 % y graduables según la situación de cada asociado, y la diferencia sobre los normalmente esperados cubrirla mediante el fondo de solidaridad, el cual es alimentado anualmente por el 10 % de los excedentes y podrá ser incrementado por asamblea en la cuantía que estime conveniente. Esta propuesta fue aprobada por consenso en preasamblea y también en la asamblea, pero, la verdad, fue imposible su aplicación.

Pienso que, con la crisis del sistema financiero, las cooperativas de ahorro y crédito que teníamos en Colombia por más de treinta años y que venían funcionando muy bien, fueron desnaturalizadas por los corruptos y enemigos temibles del cooperativismo, dándoles el apelativo de financieras, con el fin de poder captar ahorro de terceros y hacerles préstamos. Mejor dicho, hacían su fiesta con la danza de los millones y el asociado no tenía derecho a ser atendido como tal, sino como cliente, pero tampoco tenía derecho a solicitar educación cooperativa, porque de inmediato

lo tildaban de revoltoso, jugando con su modo de pensar. Desafortunadamente, la labor, que por más de treinta años venían desarrollando algunos líderes, se vino al piso con la aparición de los magos especializados en hacerle la maldad a los demás.

Decía que con las crisis financieras de las mal llamadas cooperativas financieras en el 98 y de algunos bancos, así como la quiebra de algunas corporaciones en Colombia, no habría habido necesariamente el pánico psicológico y, sobre todo, financiero, porque la consejería económico-social se habría difundido, evitando la liquidación de cerca de cuarenta cooperativas financieras, que eran las más grandes y representativas.

Invito a los cooperativistas a que hagamos un alto en el camino y analicemos los procedimientos que considero, como pediatra, puede ser la vacuna contra la morosidad y la deserción de asociados.

7. La vivienda cooperativa, vista como el hábitat y no como las paredes o el piso o como el lote o el techo, es para mí la modalidad más impresionante e indispensable para lograr el verdadero desarrollo integral de las familias y del cooperativismo a nivel

mundial. Desafortunadamente, es un modelo y un modo de vida desconocido.

Para saber de este movimiento, se requiere de mucha y permanente educación, en la que se debe involucrar a la familia para que aprenda a vivir, no solo en comunidad, sino en armonía con y para la comunidad. Únicamente así se podrá vivir en paz: integrándonos con otras familias podremos ayudarnos para salir de las dificultades que de manera individual no podemos solucionar. Es lo que yo he llamado «la vacuna contra la pobreza, el egoísmo y la angustia de las familias».

Es la asombrosa experiencia de la ciudad de Nueva York la que me ha puesto a pensar, como pediatra, sobre las siete vacunas contra el egoísmo y la pobreza, de las que la número uno es la cooperativa abierta de vivienda a nivel urbano o rural, organizada con grupos de familias y sus servicios complementarios como el consumo, con una pequeña tienda y suministros. La salud, con una pequeña droguería y un centro médico, transporte colectivo, lavandería cooperativa, jardines infantiles o guarderías, salón para eventos sociales y, por qué no, una pequeña capilla de oración para todo tipo de religiones, entre otras.

Así sí podemos decir que empezaría la verdadera integración de las familias colombianas en un solo

templo en el que predicaríamos la doctrina y filosofía sobre la cooperación, que nos lleve a vivir en función de la humanidad y, de esta forma, erradicar los odios y las penurias por no vivir en el perdón.

8. Desde 1986, vengo diciendo que el cooperativismo es un desafío para la evolución de los pueblos en estos países y cómo desarrollar el país empezando en los pueblos.

La situación es muy clara, mientras no se desarrolle la periferia, a través de los municipios pequeños y medianos, no habrá desarrollo posible, y la desocupación se irá incrementando, particularmente en los profesionales, y crecerá y se agudizará en la medida en que las crisis económicas sean más frecuentes, girando en un círculo vicioso que es universal, con sus consecuencias desastrosas que son las del abandono del campo, de los pueblos y la concentración en las grandes ciudades, haciendo más grave la situación año tras año, con la reproducción de una mendicidad miserable.

Métodos científicos interdisciplinarios

Para el desarrollo de los pueblos se necesitan métodos científicos interdisciplinarios, y estos los tienen los profesionales, los técnicos o los tecnólogos.

Desafortunadamente, ellos no se van a vivir a los pueblos, sino que se quedan en las grandes urbes esperando con mucho anhelo un empleo que nunca llega.

La propuesta, para el caso de Coomeva, consiste en ofrecerles mucha educación y capacitación, pero, además, invitarlos a radicarse en su pueblo de origen y, con los líderes naturales, realizar la formación cooperativa con el fin de crear empresas de corte colectivo a través del crédito para fomento, dirigido hacia la inversión, con plazos que pueden ir entre uno y dos años, con períodos de gracia para empezar a abonar a capital, pero, a la vez, estimulando el ahorro (aportes), más otros servicios complementarios que la comunidad va necesitando, como asesoría empresarial permanente u otro tipo de servicios como la salud, la vivienda, el consumo, el transporte y el mercadeo, entre otros.

Coomeva sería una federación regional en cada departamento; afiliaría a todas las empresas de cada municipio y después organizaría la confederación que nutre, dimensiona, integra, mercadea, industrializa, educa, asiste y explora las fuentes donde quiera que estén los asociados, con el fin de lograr la eficacia y eficiencia del desarrollo de una integración global.

Colombia tiene un porcentaje entre el 40 % y el 50 % de municipios huérfanos de cooperativismo, y un 30 % más sin mayor trascendencia. Me parece que todo está por hacer en más de 150 países.

No hay otra salida, sino la educación permanente para lograr la cooperación interpersonal de la especie humana. El recurso lo podemos lograr apoyando y poniendo en práctica la propuesta del 1 %.

9. Debemos estimular el cooperativismo de usuarios del transporte de pasajeros y carga, con el fin de evitar las huelgas, el cierre de vías y el incendio de vehículos, así como la importación de repuestos y, por qué no, también de vehículos para reposición de equipo.

10. La medicina cooperativa o socialización voluntaria de la salud, con educación cooperativa para los profesionales, usuarios y los funcionarios de las instituciones como hospitales, clínicas, centros de salud, tanto del sector público como del privado, los servicios ambulatorios y domiciliarios es vital.

Con las reservas se pueden producir medicamentos, ropa e instrumental, además de financiar la construcción de centros médicos, con enfoque a lo que yo he llamado «domicilio laboral para el profesional», que fue lo que

se pensó hacer con el antiguo edificio Coomeva de la Avenida Estación.

Lo importante es que tanto los usuarios mayores de 14 años como los médicos, enfermeras y personal administrativo sean asociados de la cooperativa y que los edificios del Estado se los alquilen a la comunidad para organizar las IPS y que las EPS sean asimismo cooperativas en las que los usuarios y funcionarios también son asociados.

Deben ser las cooperativas las que compren al por mayor las medicinas a los laboratorios, sin intermediarios, y que las droguerías o farmacias sean de las cooperativas. Con ello estaríamos ahorrando mucho dinero, no solamente por la eliminación de los intermediarios, sino por la compra en volúmenes considerables y, sobre todo, porque se compra lo que la comunidad asociada necesita y no lo que hemos llamado «la medicina chatarra» o cosas suntuarias.

Lo más importante de socializar la medicina es que se acabaría la corrupción por el robo continuado de instrumental y medicamentos en instituciones sin dueño, en las que a nadie le duele el saqueo, entre otras cosas, porque «al que nada le cuesta, nada le importa», como es el caso de lo que era el Seguro Social, que fue

saqueado más de una vez por gente inescrupulosa durante años y años dejándolo en un estado económico lamentable.

11. La contaminación crece a velocidades insospechadas, amenazando con desmejorar la salud de todas las especies vivientes del planeta y al planeta mismo.

La contaminación generada por los combustibles no quemados por los motores de los millones y millones de vehículos que ruedan por el mundo, más la inmensa industria con chimeneas botando gas carbónico las 24 horas del día como tabacos gigantescos que ven perderse en el infinito, deja como producto un negro humo que contamina a su paso el aire que penetra en los pulmones de todo ser viviente que lo aspire.

Lo mismo podemos estar diciendo de las basuras orgánicas y los desechos domiciliarios e industriales, así como de los escombros, que urgen cada vez más soluciones rápidas, antes de que más tarde no haya nada qué hacer por la negligencia humana.

Para el caso de los combustibles, en 1997, con el encuentro de la ACI para las Américas en México, di una información relativamente completa sobre el

sistema del imán monopolar, que reduce casi a cero la contaminación generada por los combustibles no quemados por los motores.

La Alianza Cooperativa Internacional podría promover este producto, a través de sus distintas afiliadas por el mundo entero, para lograr un reconocimiento directo y asegurar la obtención de recursos suficientes para cumplir sin afugas sus programas de educación y de salubridad, además de aprovechar para incrementarlos.

12. Respecto a Cali, en el Valle del Cauca, en el occidente colombiano, estamos implementando un proyecto para la industrialización de las basuras para producir bioetanol, que sirve para mezclar a la gasolina, a los fertilizantes y también para alimentos que se les dan a los animales.

Con la porción orgánica de las basuras se producen ecomateriales para la construcción de vivienda y de vías, calles y carreteras.

Si democratizamos este proyecto y educamos permanentemente, podemos lograr que las personas naturales o las comunidades sean asociadas de las cooperativas que se organicen, para lograr contener la contaminación que nos está matando lentamente a todos sin distinciones de clase.

Los basuriegos, más conocidos como recicladores, también serán asociados de las cooperativas y tendrán todo el apoyo, llevándolos paulatinamente bajo una relativa protección a que sean dueños de su propio destino y autodesarrollo progresivo, a través de la educación cooperativa constante, alfabetizándolos si es posible y, a la vez, protegiéndolos con vestuario, su salud, vivienda y con toda la seguridad social.

13. El Capítulo VII de este libro, poniéndole orden a mis ideas, lo encabezo con el título «*No decir sino hacer*», pero, además, resalto un fragmento del pensamiento de la doctora María Montessori.

Esto podría decirse de los Pioneros de Rochdale, quienes con su casi inigualable y muy limitada imitación sentaron las bases de la más portentosa empresa de la que se tenga noticia en la historia de la humanidad, mediante la educación cooperativa constante y la adquisición del hábito del ahorro permanente.

Ha sido un ejemplo no imitado porque, a pesar de los casi ciento setenta años transcurridos desde diciembre 21 de 1844, por la carencia de esos dos factores (educación constante y la poca cultura del ahorro), el cooperativismo es un movimiento semiconocido.

Con un cooperativismo unido y pujante, otra sería la historia de la humanidad si tenemos en cuenta que somos un poco más de mil millones de cooperados. No se justifica que, por culpa de nosotros mismos, por un egoísmo absurdo, vivamos y tengamos un mundo infeliz, en pleno siglo XXI, en donde vale más el tener que el ser.

El hábitat cooperativo

El egoísmo de la humanidad a través de la historia es lo que no ha permitido la comprensión y, sobre todo, la tolerancia de los seres humanos entre unos y otros.

Ya he dicho que la empresa número uno de la sociedad es el hogar, pero desafortunadamente no se administra como tal ni se ejercen controles políticos o económicos internos, tan necesarios en cualquier empresa que se respete.

He dicho también que en nuestro escudo nacional aparece el mensaje Libertad y Orden, pero en nuestra sociedad ni hay libertad ni hay orden. Pareciera que lo de resaltar es el libertinaje y el desorden, como en los hogares en los que ni los padres se preocupan mucho por sus hijos, con el pretexto que por estar trabajando no les queda tiempo para velar por ellos, y los dejan a la deriva o bajo el cuidado de personas, en ocasiones, sin ninguna cultura, ni educación, ni capacidades para

formar con responsabilidad y experticia a los niños o jóvenes que están bajo su cuidado.

De allí la descomposición social de los hogares de hoy, en los que no hay quién eduque a nadie, empezando por los padres irresponsables, a quienes no les interesa sino el dinero para poder vivir bien y tener un estatus en la sociedad.

Según ellos, vivir bien es tener un hogar con todas las comodidades, así esté destrozado por conflictos internos entre los padres.

Ahora hay jóvenes organizando pandillas en el día y realizando sus fechorías en las noches, y los padres sin saber qué están haciendo sus hijos en la calle; armados hasta los dientes, atracando y aterrorizando a todo el que se les atraviere, procurando levantarse el dinero de una manera fácil sin importarles si hacen daño a sus semejantes.

El hábitat familiar de hoy es muy distinto al de las familias en mi juventud o en las primeras décadas del siglo XX, tal vez porque no había los medios masivos de comunicación e información que ahora existen y que solo han servido, en muchas ocasiones, para deseducar a los niños y los jóvenes.

Mi propuesta para rescatar los hogares del conflicto y la violencia que se vive entre los padres y los hijos consiste en cambiar los paradigmas actuales, en los que solamente interesa el tener, olvidándose del ser, cuando la razón de este es el mismo ser y no el tener.

Se requiere mucha educación

Para comprender el hábitat cooperativo se necesita mucha educación para toda la familia, padres e hijos, con el fin de aprender a vivir en comunidad y para la comunidad.

Otra gran debilidad que tenemos los colombianos es la no existencia de cooperativas de consumidores, que sean capaces de convertirse en reguladoras de los precios a los artículos de primera necesidad y frenar así algunos brotes a la especulación que tanto daño hace a los escasos ingresos de la mayoría de las familias en nuestro país.

Por eso insisto en la educación cooperativa a los hogares sobre economía familiar, con el fin de organizar y presupuestar el ingreso y erradicar la pauperización de los salarios por el desmedido e indiscriminado consumo.

El cooperativismo tiene sus propios principios rectores que son universales y uno de ellos consiste en no mostrarse mucho ante los demás sistemas económicos, precisamente porque el ánimo suyo no es el de entrar a competir con los demás sistemas imperantes en cada país.

El secreto del cooperativista está en camuflarse como el camaleón, no para engañar al contrincante, sino porque nuestra filosofía nos permite unirnos para comprar en grande a mejores precios y vendernos entre todos los productos más baratos que en el mercado normal.

El capitalista vive pendiente del mercado, incluyendo el cooperativo, y de allí la guerra de los precios. Los ricos son más ricos porque los pobres los volvemos más ricos.

La presente edición e impresión
se terminó en POEMIA, su casa
editorial, en Santiago de Cali,
Colombia, en marzo 23 de 2018.

